**MAGO POR CASUALIDAD**

**1- No te metas en asuntos de magos**

 Había una vez un reino de fantasía con hadas, dragones, caballeros y todas esas cosas que tienen los reinos de fantasía. También había una ciudad grande con su castillo real. A la ciudad se llegaba por un camino, y junto a ese camino estaba la posada del Ogro Gordo. A ella acudían todo tipo de viajeros, vinieran de cerca o de lejos, fueran ricos o pobres, honrados o ladrones, altos o bajos, feos o guapos.

 Quizá se debía a que era la única posada de los alrededores.

 Por eso casi nadie se fijó en el sujeto que entró en aquella noche para pedir una habitación, y eso que no tenía muy buena catadura. Era alto, flaco, huesudo y avinagrado, y vestía completamente de negro. Se tapaba con una capucha y todo él tenía un cierto aire siniestro. Además, para rematar las cosas, llevaba un cuervo negro de ojos amarillos cómodamente instalado sobre su hombro izquierdo.

 Ni siquiera Ratón se paró a mirarlo, aunque siempre se fijaba en todo; pero en aquel preciso momento estaba muy entretenido viendo la partida de cartas. Casi todos hacían trampas, pero nadie acusaba a nadie, no fuera que lo pillasen a él también. La verdad es que era una partida un poco complicada.

 Ratón era un chico pelirrojo y pecoso. Tenía los incisivos superiores un poco salidos, y por eso todo el mundo lo llamaba así desde que podía recordar. Ratón era huérfano y trabajaba como mozo en la posada del Ogro Gordo. Era un trabajo duro y exigente, pero le gustaba, porque podía conocer a un montón de gente, escuchar las historias que contaban los mercaderes llegados de tierras lejanas, y hasta ver partidas de cartas amañada. ¿Qué más podía pedir?

Así que aquel misterioso tipejo vestido de negro subió hasta su habitación sin que Ratón se diera cuenta. Si hubiese sabido la de problemas que le iba a traer aquel oscuro personaje, seguro, seguro que le habría prestado bastante más atención…

En cuanto el posadero lo dejó solo, el hombre de negro salió de su habitación y llamó a la puerta del cuarto de al lado.

 –¿Quién es? –se oyó una voz desde dentro.

 –Calderaus –respondió el hombre de negro.

 Hubo un silencio dentro de la habitación y, enseguida, ruido de pasos apresurados, un par de cofres que se cerraban y algo arrastrándose por el suelo…

 Calderaus chasqueó los dedos y pronunció una palabra en ese idioma incomprensible que usan los magos para hacer sus hechizos. Porque, y por si a alguien le quedaba alguna duda, Calderaus era un mago, y de los buenos. Por eso fue capaz de atravesar la puerta cerrada como si fuera de humo.

 El hombre de la habitación se pegó un buen susto, y se quedó blanco como la cera. No podía contrastar más con el patibulario individuo de negro: era bajito, gordo y calvo. Estaba en camisa de dormir y temblaba como un flan.

 –Ca-Calderaus –fue lo único que dijo, y, disimuladamente, dio un último empujón, con el pie descalzo, al cofre que asomaba debajo de la cama–. No te esperaba tan pronto.

 El mago se apoyó en su bastón y sonrió. El cuervo graznó.

 –Mi querido Guntar –dijo.

 Miró a su alrededor en busca de un lugar donde sentarse, pero no lo había, así que hizo aparecer ante él una elegante silla de madera de roble tallada y tomó asiento con parsimonia, mientras a sir Guntar le temblaban las rodillas y le castañeteaban los dientes.

 –Mi querido Guntar –repitió–. Si mal no recuerdo, teníamos un negocio pendiente.

 Sir Guntar pareció recobrar algo de compostura en cuanto oyó la palabra «negocio». Al fin y al cabo, era el mercader más poderoso de aquel país.

 –Yo cumplo mis tratos –afirmó.

 Los ojos del mago brillaron con codicia. El cuervo graznó de nuevo.

 –Entonces, ¿lo has traído?

 –¿Has traído tú el dinero?

 Calderaus le lanzó dos saquillos llenos y esperó pacientemente a que sir Guntar terminase de contar las monedas. A pesar de ser asquerosamente rico, sir Guntar era muy, muy tacaño.

 –Ahora, mi parte –exigió.

 El comerciante sacó un cofrecillo de debajo de la almohada. Calderaus se lo quitó de las manos, lo abrió ansiosamente y asomó las narices al interior.

 Una risa lo estremeció de pies a cabeza.

 –¡Por fin! –susurró–. ¡Por fin es… mío!

 Sir Guntar sintió que se le ponía la piel de gallina… lo cual no le impidió, ahora que Calderaus no miraba, esconder los saquillos de monedas debajo de la almohada.

 –¡El Maldito Pedrusco es mío, y solo mío! –exclamó Calderaus.

 –¿Maldito Pedrusco? –repitió sir Guntar extrañado.

 –Es que es una joya mágica –explicó Calderaus–. Se le perdió al gran mago Malapata cuando volaba sobre su alfombra mágica y le cayó en la cabeza a un anciano que pasaba y que dijo: «¡Ay! ¡Maldito pedrusco!». Y se quedó con ese nombre desde entonces.

 Sir Guntar no parecía muy convencido, pero es que no sabía la de cosas que podría hacer Calderaus con aquel Pedrusco. Si lo hubiese sabido, se habría asustado de verdad; porque, como ya habréis adivinado, Calderaus no era precisamente una bondadosa hada madrina…

 Mientras estos dos curiosos personajes mantenían su reunión de negocios, en la planta baja de la posada Ratón empezaba a aburrirse. Después de todo, era un poco difícil seguir una partida de cartas en la que nadie respetaba las reglas. Se dio la vuelta para volver al trabajo y... ¡plaf!, le pisó la cola sin querer a un gato enorme con cara de torta.

 –¡Marramiauuu! –hizo el gato, y salió disparado escaleras arriba.

 –¡Mi gato! –aulló su dueño, un mercader rico y orondo–. ¿Qué le habéis hecho a mi gato?

 –¡Ratón! –lo riñó el posadero, creyendo que lo había hecho a propósito.

 –¡Voy a buscarlo!

 Ratón llegó al primer piso justo a tiempo de ver el rabo del gato desapareciendo dentro de una habitación. Ratón no sabía que aquel era el cuarto del siniestro personaje de negro que, cuervo incluido, había llegado a la posada una media hora antes, así que, sin pensarlo dos veces, entró en busca del gato.

 Calderaus estaba en ese instante realizando un complicado ritual para despertar los poderes del extraño objeto que le había comprado a sir Guntar, y, desde luego, no era el mejor momento para interrumpirlo. Tenía que invocar a mil demonios y algún que otro espectro, y eso lo hacía pronunciando un galimatías de palabras mágicas y sosteniendo en alto el Maldito Pedrusco, que brillaba con una luz siniestra.

 –¡Maldito Pedrusco! –gritó Calderaus finalmente–. ¡Sé mío!

 –¿Maldito Pedrusco? –repitió Ratón, extrañado.

 Al ver al chico, Calderaus perdió la concentración, y de pronto la luz se hizo más brillante y el Maldito Pedrusco empezó a vibrar y a hacer un ruido muy sospechoso…

 –¡¡¡Noooo!! –gritó Calderaus.

La joya mágica saltó de sus manos como si fuese un sapo y cayó al suelo, rebotando sobre los tablones de madera.

 Ratón sintió como si miles de gusanillos le mordieran por dentro, todos a la vez. Después, el Maldito Pedrusco se calmó y todo volvió a la normalidad. Ratón miró a su alrededor, pero no vio ni rastro del mago.

 –¡Estúpido! –se oyó de pronto.

 Ratón descubrió entonces a un cuervo que lo miraba desde la mesita.

 –¡Cerebro de troll! –lo insultó el pajarraco–. ¡Mira lo que has hecho!

 Y alzó un ala para que lo viese bien.

 –¿Qué… yo… cómo?

 –Has interrumpido mi ritual –dijo el cuervo–, y el Maldito Pedrusco se ha descontrolado. ¡Tenía que darme el poder de mil demonios y algún que otro espectro, y ahora mira lo que ha pasado!

 –¿Tú eres el mago? –preguntó Ratón, incrédulo–. ¿Te has convertido en cuervo?

 –¡No! Mi mente ha entrado en el cuerpo del cuervo.

 –Entonces, ¿qué ha pasado con la mente del cuervo?

 –¡Miau! –se oyó entonces, y Ratón vio cómo el gato gordo se encaramaba al alféizar de la ventana, alzaba las patas delanteras y se precipitaba al vacío. Plaf.

 –¿Contesta eso a tu pregunta? –gruñó el cuervo–. Vaya, niño. Ningún ser vivo en esta habitación ha quedado igual que antes. Me pregunto qué te ha pasado a ti.

 Ratón se asustó. Se miró las manos, se palpó la cara, pero no notó nada raro.

 Gruñendo por lo bajo, Calderaus, encerrado ahora dentro del cuerpo del cuervo (lo cual, para hacer honor a la verdad, tampoco cambiaba mucho su aspecto general) sacudió el objeto mágico con una pata y se volvió hacia Ratón con los ojos brillantes.

 –El Maldito Pedrusco ya no funciona. ¿Y sabes por qué?

–¿Porque hay que darle cuerda?

–¡No, mentecato! Porque, además de meter mi mente en el cuerpo del cuervo, también me ha arrebatado mis poderes (fíjate bien, mis poderes) y… y… y…

 –¿Y qué?

 –¡Y se los ha dado a otro! –gimió Calderaus finalmente.

 Ratón miró a su alrededor, pero no vio a nadie más. Luego se dio cuenta de que el cuervo lo miraba a él.

 –¿Te refieres a mí?

 –¡Sí, a ti! –lloriqueó Calderaus–. ¡A ti, niño mequetrefe, que tienes los poderes del mejor mago del mundo, y ni siquiera sabes usarlos! ¡Qué desperdicio!

 Ratón se sintió un poco ofendido. No le hacía gracia que un cuervo lo llamase mequetrefe.

 –¿Cómo que no sé usarlos? –se defendió–. ¡Ahora verás!

 Y levantó las manos haciendo grandes aspavientos, mientras decía:

 –Poderes de mago, haced chamusquina a este cuervo malvado.

 Un rayito bastante raquítico salió de sus manos en dirección al cuervo, que se limitó a apartarse un poco a un lado.

 –Asombroso –dijo con sarcasmo–. Estoy temblando de miedo.

 Ratón, harto del mago-cuervo, le dio la espalda y salió de la habitación. Pero Calderaus voló tras él.

 –¡Esto no va a quedar así! –le graznó en la oreja mientras bajaban las escaleras.

 –Déjame en paz –protestó Ratón–. Tengo que volver al trabajo.

 –No, no, ni hablar –insistió el cuervo–. Vas a venir conmigo, chaval, y te voy a enseñar en contrahechizo que me devolverá mi cuerpo y mis poderes.

–¿Y cómo vamos a hacer eso? –preguntó Ratón, intrigado.

–Pues con la ayuda del Maldito Pedrusco, por supuesto… –calló un momento–. ¡¡El Maldito Pedrusco!! –chilló, y se alejó volando como alma que lleva el diablo.

 Ratón lo siguió hasta la habitación. Enseguida vieron los dos que el objeto mágico se había esfumado.

 –¡¡¡¡Aaaaaaaaaaarrrgggg!!!! –gritó Calderaus–. ¡¡Ladrones!! ¡¡Me han robado!!